

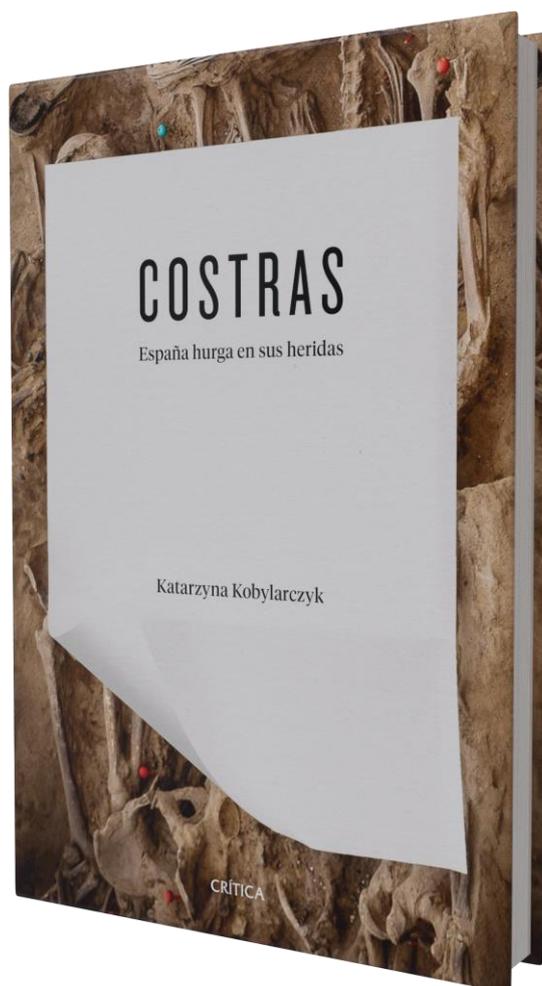
CRÍTICA

Katarzyna Kobylarczyk

# COSTRAS

**España hurga en sus heridas**

Un acercamiento periodístico, personal  
e íntimo a nuestro pasado reciente



**A LA VENTA EL 18 DE MAYO**  
**Material embargado hasta publicación**

**AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS**

Madrid 23-24 de mayo

**PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:**  
**Laura Fabregat** (Responsable de Comunicación Área Ensayo):  
682 69 63 61 / [lfabregat@planeta.es](mailto:lfabregat@planeta.es)

## sinopsis

La reportera polaca Katarzyna Kobylarczyk (Cracovia 1980) nos habla de las heridas —algunas abiertas, otras mal cicatrizadas— dejadas por la guerra civil y la dictadura franquista en la sociedad española. *Costras* es un libro de historias, no de historia, cuya sensibilidad y empatía nos acerca al dolor y a la pérdida de miles de familias, pero también a la esperanza y a la memoria recuperadas. Galardonado con el premio Ryszard Kapuscinski 2020, este reportaje literario viaja del Valle de los Caídos hasta las cunetas anónimas republicanas y las tumbas fascistas arrinconadas, de los sucesos históricos de ayer a los debates políticos de hoy, de la certeza de los huesos recuperados por los antropólogos forenses a la incertidumbre sobre cómo hallar un relato cicatrizante. Tras decenas de entrevistas y viajes por toda España, su autora sabe que, aunque «los protagonistas principales de este libro están muertos», las heridas subsisten y deben, en lugar de obviarse, ser comprendidas y atendidas.

## la autora



**KATARZYNA KOBYLARCZYK** es una reportera y escritora polaca. Entre 2002 y 2008 trabajó como periodista en *Dziennik Polski*. Publicó artículos en *Gazeta Wyborcza*, *Polityka*, *Tygodnik Powszechny* y *National Geographic Traveler*. También publicó en las revistas *Lodołamacz*—publicada por el teatro Łaźnia Nowa— y *Nowa Fantastyka*. Debutó como escritora en 2009 con la novela *Baśnie z bloku cudów. Reportaże nowohuckie*. Entre 2012 y 2016, cooperó con el Instituto de Cultura de Pequeña Polonia y escribió libros publicados como parte de los Días del Patrimonio Cultural de Pequeña Polonia. Ha vivido en España durante años, habla español y ha escrito varios reportajes sobre España. En 2013 publicó *Pył z landrynek. Hiszpańskie fiesty*, y en mayo de 2020 su libro sobre la guerra civil española *Costras* fue galardonado con el premio Ryszard Kapuściński de Reportaje Literario.

# Extractos de la obra

«Los protagonistas principales de este libro están muertos. Algunos murieron hace más de ochenta años. Otros, en fechas más recientes. Enterraron a la mayoría. No a todos. Algunos fueron enterrados con pompa, en ceremonias oficiadas por obispos y con salvas de honor. Les dedicaron monumentos y mausoleos. A veces, modestos. Otras, monumentales. A otros los echaron a las cunetas o los tiraron en zanjas y en pozos y los cubrieron con una fina capa de tierra. Algunos todavía están allí. Muchas familias buscan los cuerpos. A veces son los hijos quienes los buscan, aunque lo más habitual es que sean los nietos. En ocasiones consiguen encontrarlos, pero la mayoría de las veces no es así. [...]»

«Muchas de las personas que aparecen en este libro han cambiado de lugar de sepultura. Dos, tres o incluso cuatro veces. Otras no tienen ni siquiera una tumba. Quizá ya nunca llegarán a tenerla. En algunos casos, seguro que no la tendrán. Los restos de algunas de esas personas terminaron ante un altar. Son reliquias. Uno puede rezar ante ellas.»

«El esqueleto de una persona adulta se compone de 206 huesos. Después de la Guerra Civil que tuvo lugar en España entre 1936 y 1939, el suelo llegó a acumular al menos 103 millones de huesos. Pertenecían a medio millón de personas. La cantidad de huesos podría ser incluso mayor, puesto que los esqueletos de los niños y de los adolescentes tienen más huesos que los de los adultos.»

«[...] 41 millones 200 mil huesos pertenecían a civiles. Doscientas mil personas fueron sepultadas a causa de las represiones políticas. En determinados momentos de la guerra, las pérdidas en los frentes, entre los soldados, eran inferiores en número a las víctimas civiles del terror. En los campos, en los pozos, bajo los muros de los cementerios de los nacionales (después se los llamará franquistas), se hallaron no menos de 26 millones 800 mil huesos que pertenecían a unas 130 mil personas. No menos. O como mucho, unas pocas menos, teniendo en cuenta que, en el cuerpo de un adolescente, algunos anatomistas distinguen no 206 huesos, sino 356. El terror republicano, llamado el terror rojo, dejó a su paso más de 10 millones 300 mil huesos (50 mil esqueletos): 1.407.392 de esos huesos pertenecieron en vida a 6.832 curas, monjes y monjas.»

«Este lugar tenía un bonito nombre: Aguadillos de la Fuente de las Rosas. En esa región plana y seca, el hecho de que una zona contuviera en su denominación agua y flores seguro que provocaba asociaciones agradables en la gente. El pozo estaba en medio del

campo. Ya estaba seco por aquel entonces: un ojo ciego que miraba al azul despiadado del cielo de Castilla. Aquel campo pertenecía a las hermanas Segunda y Josepa S., pero ellas no eran culpables de nada. Ni de que el pozo se hubiera secado, ni de que hubieran echado cadáveres en su interior. Tampoco tenían la culpa de que los cadáveres se quedaran allí tantos años, sepultados hasta que los cuerpos se desprendieron de los huesos y se convirtieron en polvo, pero la gente del pueblo dejó de recordar el agua y las flores y empezó a llamar a ese sitio de otra manera: *la tierra de los muertos*. [...]»

«Estoy mirando la web del Ministerio de Justicia español. Es una página interactiva, podemos acercarla y alejarla. Muestra el territorio de España salpicado de puntos con banderitas. En un plano general —que permite abarcar con la mirada toda la península, las islas Baleares y un tramo de la costa africana con Ceuta y Melilla—, podemos ver que algunas partes del país están inundadas de puntos con banderitas. Apenas hay alguna parte del país que esté sin marcar; Mallorca, Menorca y las Islas Canarias también tienen sus puntos. Cada uno de esos puntos es una fosa. Pero no es un mapa de cementerios. Si viajáramos por el país con este mapa y buscáramos los lugares que indica, no encontraríamos nada. Cada punto que aparece en el mapa se convierte sobre el terreno en un simple vacío. A veces, muy raramente, hay allí una cruz hecha con un par de palos o grabada en la corteza de un árbol o en la superficie porosa de una piedra. Pero la mayoría de las veces no hay nada. He visto alguna ruta turística, trazada mucho después de la guerra, que de repente se desvía sin ningún motivo aparente tan solo para evitar uno de esos lugares. [...]»

«La gente hablaba en susurros de esos lugares. Prohibían a los niños jugar en ellos. Les decían que estaban llenos de moscas y tábanos, que la tierra era blanda y suave como una esponja, que por debajo fluía sangre. Que esos lugares apestaban. Que engendraban huesos y escamas. Por las noches aparecían allí fuegos fatuos. Todos los niños de los alrededores sabían que, cuando se hacía de noche, lo mejor era evitar esos lugares, y que si te veías obligado a pasar por allí a oscuras tenías que echar a correr; correr con todas tus fuerzas para que las manos de los cadáveres no pudieran salir de debajo de la tierra, cogerte por el tobillo y arrastrarte. Algunas veces, muy raramente, algunas mujeres pasaban por allí. Se reunían el 1 de noviembre, con sus faldas negras, sus blusas negras, sus zapatos negros, sus chaquetas teñidas de negro, negro sobre negro. Acudían solas, sin sus maridos, porque eran precisamente ellos quienes yacían en esos lugares. La mayoría de las veces. Porque en algunos sitios también yacían mujeres. [...]»

«En medio del mapa brilla una estrella única, de color azul. Señala el Valle de los Caídos. Ese valle es un gran mausoleo situado en las montañas, al noreste de Madrid. Fue construido por orden del general Francisco Franco. Él mismo fue sepultado allí en el año 1975. Antes habían enterrado a miles de víctimas de la guerra: civiles y soldados de ambas partes del conflicto. Trasladaron allí muchos cuerpos sin el conocimiento ni el

permiso de sus familias. Las tumbas de los republicanos asesinados cuyos restos fueron trasladados al Valle de los Caídos están marcadas en el mapa del ministerio en color amarillo. La derecha española considera que es el monumento de reconciliación más bello de todo el mundo. La izquierda lo llama la mayor fosa común del país.»

«No tengo recuerdos de esa época —dice Fausto Canales cuando nos sentamos a una pequeña mesa de su casa en Madrid. Mientras conversamos, irán apareciendo sobre la mesa todo tipo de documentos, fotografías, fotocopias y duplicados. Esos papeles son la memoria de Canales. Una memoria que ha conquistado los archivos, que ha luchado contra el olvido, que contiene historias de otras personas y que se basa en una investigación de muchos años, privada, pormenorizada. Fausto Canales tiene ochenta y cinco años. Sigue buscando a su padre desaparecido.»

«[...] Valerico era segador. Muy apreciado. Dirigía el grupo de los segadores al que pertenecía también su hermano. Pero la siega duraba poco y se tenía que vivir durante todo el año, así que, cuando terminaba la siega, Valerico se iba a otros pueblos en busca de trabajo. Arregló carreteras, limpió canales de riego, instaló vías de ferrocarril en Toledo y en Madrid... Todo eso, aparte de proporcionarle un sueldo, le daba experiencia de mundo, una mirada un poco más amplia sobre diferentes cuestiones y varias dudas respecto a cómo estaba organizada la sociedad. Fausto cree que ese fue el primero de los pecados de su padre. El segundo fue la alegría. Valerico Canales Jorge se alegró cuando el 14 de abril de 1931 se proclamó la Segunda República. Muchas personas que eran pobres se alegraron en ese momento. Tenían la esperanza de que la República iba a arreglar, al menos un poco, ese mundo que no estaba muy bien organizado.[...]»

«Alguien a quien su padre conocía, y que lo conocía a él, puso el apellido de Valerico Canales Jorge en una lista. Era la lista de los *rojos*. En aquella época, «rojo» era quien hablaba más de la cuenta (y de forma inapropiada), quien frecuentaba los lugares indebidos, quien exigía demasiado, quien ondeaba la bandera inadecuada, quien leía periódicos impropios, quien firmaba en lugares que no correspondía, quien no mostraba entusiasmo por la causa nacional, quien participaba en las manifestaciones. Después, cuando ya había estallado la guerra (aunque en Pajares de Adaja, ese pequeño pueblo de la meseta cerca de Ávila, la guerra no estalló. No hubo contiendas, no hubo trincheras, no hubo enfrentamientos. En Pajares de Adaja, como en toda la parte noroccidental del país, desde Valladolid hasta Galicia pasando por Salamanca, el golpe de Estado de los militares triunfó de inmediato, y el pueblo sencillamente se levantó la mañana del 18 de julio de 1936 dentro del territorio de los nacionales), alguien entregó esa lista al cuartel de la Guardia Civil o a las autoridades. Después la lista siguió adelante, hacia otra aldea o pueblo donde había un grupo de hombres armados, de guardias civiles, de falangistas, de hijos de los propietarios de tierras, de voluntarios. Por la noche salía de allí un camión. Salía de noche para evitar situaciones incómodas, como que una

persona conociera a otra que le cayera bien, o que estuviera casada con alguna de sus hermanas... Es decir, para no ensuciarse las manos con la sangre de los vecinos. Nosotros matamos a vuestros «rojos», y vosotros matáis a los nuestros. Nos tenemos que ayudar.»

«[...] Era la exhumación número trece de ese año, la ciento treinta desde sus inicios, y Emilio Silva Barrera estaba un poco cansado de explicar siempre lo mismo. Además, no le gustaba hablar de aquello. En una de los miles de entrevistas que (no obstante) le hicieron, dijo que antes de que se creara la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica no le gustaba hablar en público. Fue su abuelo quien lo impulsó a hablar. Emilio nunca se encontró con su abuelo. Su abuelo era un desaparecido. Se llamaba Emilio Silva Faba (uno de sus hijos heredó su nombre, y después el nieto), nació en un pueblo llamado Pereje, en la provincia de León. De joven se fue a América. Volvió con un pequeño capital, se casó con una chica que se llamaba Modesta y abrió en Villafranca del Bierzo, a cinco kilómetros de su pueblo natal, una tienda de ultramarinos que denominó La Preferida.»

«Cuando el camión se fue, Leopoldo se atrevió a salir de su escondrijo. Intentó volver a su pueblo, pero estaba oscuro y no conocía la zona. Se equivocó de camino, pasó dos veces por el río, toda la noche estuvo dando vueltas en círculo. Al amanecer volvió a llegar al lugar de la ejecución. Vio que había trece cuerpos, alguien tenía que haberse llevado uno a escondidas para enterrarlo, tal vez su familia. Finalmente, cuando se hizo de día consiguió encontrar el camino hacia su pueblo. Se escondió en casa de un vecino. Vivió allí escondido seis meses más, después lo delató otro vecino y la Guardia Civil lo fusiló sin más dilación. Pero antes de que eso pasara, habló. Habló mientras estuvo vivo. Dijo lo que había visto. Dónde. A quién. Quién.»



# CRÍTICA

**Para ampliar información, contactar con:**

**Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):**  
682 69 63 61/ [lfabregat@planeta.es](mailto:lfabregat@planeta.es)